

Droga

El caballo mata en Euskadi

Trece jóvenes han muerto por droga en Bilbao

A finales de noviembre, tres jóvenes venían a engrosar la lista de muertos en lo que va de año por sobredosis de droga en el área de Bilbao. Al mismo tiempo, en Vitoria, era detenido un adolescente heroinómano que, a sus trece años, escalaba paredes para robar joyas en las viviendas, venderlas y sufragar así su necesidad de drogas.

En Bilbao hay muchos bares, conocidos por todos, donde la droga dura se adquiere tan fácilmente como los *txikitos*.

En ese desolador panorama se inscriben los bombazos y atentados diversos, cometidos contra establecimientos o personas ligadas al mundo de la droga, o sospechosas de estarlo. Un mundo de sinsentido y alucinación, de *viajes* sin retorno.

Las estadísticas más recientes revelan que un 39,5 por 100 de los jóvenes españoles han probado la droga y que, de ellos, el 38,7 por 100 lo hicieron movidos por la curiosidad o la apatía.

«No hay que buscar soluciones —dice un joven vasco, de veintidós años, que no quiere dar su nombre—. Estamos muy bien así». Asegura que se lleva muy bien con sus padres y que se *chuta* (inyecta) con *caballo* (heroína) simplemente porque le gusta y que se lo pasa *de buten*.

Sentado a su lado en un bar bilbaíno, otro sostiene que detesta esta sociedad *repelente y falsa*, «que no nos ofrece nada que merezca la pena y de alguna forma nos tenemos que buscar la vida».

«Cuando se vive en un barrio miserable —apunta otro— sin más horizonte que la discoteca o el bar de la barriada y donde la droga habitual es el alcohol, uno está a un paso de esa ‘curiosidad’ que te lleva cualquier día al *porro* y, más tarde, al *caballo*».

El diálogo no es difícil, ni dramático, pero todos quieren mantenerse en el incógnito. El mundo de la droga parece crear más conflictos a los no consumidores que a los adictos. Pero a poco que se escarbe en esa apariencia, afloran los problemas personales, las infancias turbulentas o llenas de abandono, aunque se viva económicamente «cómodo».

En su entorno, la droga crea un mundo de agresión y violencia que se hacen necesarias para procurarse la *pasta*, que pagará los caros productos. El costo social, por otra parte, se traduce en los aportes a la Seguridad Social para la atención médica y, a veces, lamentablemente, hasta por el entierro de los que pierden la carrera contra el *caballo*.

Y en los argumentos de los adictos pareciera que el círculo se cierra, que esa misma sociedad que los rechaza es la causante de todo: «Mira, *tronco* —espeta uno de diecinueve años—, ¿qué quieres que te diga? Yo dejo de *chutarme* mañana, o ahora. ¿Qué hago luego con mi vida? Yo no veo otra cosa que merezca la pena».

Complicado engranaje

«Yo, tío, no tengo política; paso de todo; me enrolla a mi manera y no me va en absoluto vuestro trabajo que no deja espacio para vivir, ni respirar deja», lanza con desgana otro. Y, sin embargo, aunque el uso de drogas es tan antiguo como la misma humanidad, ha adquirido una nueva dimensión en la sociedad industrial. Atentos a no caer en la maquinaria de la sociedad moderna, los adictos terminan por enredarse en un mucho más complicado

engranaje que arroja importantes plusvalías en los mercados internacionales para los grupos e individuos que comercian con drogas.

«Yo trabajo más por el *caballo* cada día que un peón de fábrica», confiesa otro de los jóvenes.

Alegan deshumanización de la sociedad, desafecto, desconfianza, para inmediatamente sentenciar: «El *caballo* no tiene amigos». Tras esa afirmación lapidaria, admiten que tampoco su reducto marginal parece dar las respuestas necesarias. Tampoco entre ellos reina la amistad o el afecto. Como el alcohol, la droga aísla.

Todos intentan buscar justificaciones, ensayar una salida o, por lo menos, un pretexto que tranquilice su conciencia. «Yo —asegura uno—, si alguna vez me caso y tengo hijos, les voy a hablar de la droga, para que la conozcan y aprendan. A nosotros nos ha faltado información sobre el tema».

A su lado, otro joven, menos de veinte años, adoptaba un aire radical para decir: «Mis hijos, si los tengo, pueden hacer lo que quieran».

Un nuevo participante se acerca al grupo. Es un *camello* (proveedor de droga) que vende heroína para poder alcanzar las 10.000 pesetas diarias que necesita consumir. Si la venta no es suficiente, se dedica a robar tiendas, coches, paseantes, a punta de navaja. «Pero eso sí —se anticipa—, no tengo intención de pinchar a nadie. Si se presenta alguna dificultad, salgo corriendo. Me voy a otra parte donde sea más fácil conseguir la *tela* que necesito».

«No quiero echar la culpa a nadie —concluye otro—, pero yo comencé a drogarme en la *mili*. Allí rompí con las formas de vida alienadas que había llevado y luego ya no pude volver a ellas. La fábrica, el *curro* diario y sin sentido, el *poteo* con la cuadrilla. No pude soportarlo más y aquí estoy, tan contento y a gusto».

Caras consumidas, miradas sin expresión, una extraña mezcla de misticismo y desdoblamiento esquizoide que les permite rizar el rizo para justificar su autodestrucción, una escena que ya se está volviendo casi habitual en los barrios bilbaínos y que está elevando la agresión y la violencia a «status» lógico de vida cotidiana, a escalofriante escala de valores sin futuro.

Mikel Orrantía, *Cambio16*, núm. 473, 22 de diciembre de 1980, págs. 117-118.